

EL CULTURAL	Tirada: 379.657	Sección: -	
	Difusión: 291.063	Espacio (Cm_2): 566	
Nacional Suplem. Semanal	Audiencia: 1.018.720	Ocupación (%): 82%	Valor (Ptas.): 1.366.053
Semanal	16/09/2004	Valor (Euros): 8.210,14	Página: 8
			Imagen: Si

**Tras
el Código Da
Vinci, llegan los
ángeles y los
demonios**

Dan Brown invade mañana el mercado editorial español con su último best seller

Quince millones de ejemplares vendidos en todo el mundo, más de un millón en España, tienen la culpa: 2004 es el año del *Código da Vinci* y de Dan Brown. Mañana sale en España su último éxito, *Ángeles y demonios* (Umbriel), que fue su primera novela y que tras el éxito del *Código* fue recuperada en Estados Unidos y lleva 56 semanas en las listas de best sellers del New York Times, que la ha destacado con frases como "Si Tom Clancy y Umberto Eco se fusionaran, el resultado sería Dan Brown". Nos guste o no, y a la crítica le gusta poco, Brown está haciendo historia. Por eso El Cultural anticipa hoy el comienzo de la intriga: un atroz crimen ritual confirma a Robert Langdon que la secta de los *Illuminati* (enemiga de la Iglesia Católica) ha vuelto y quiere venganza.

Ángeles y demonios

POR DAN BROWN

Desde los escalones superiores de una galería ascendente de la Gran Pirámide de Gizeh, una joven rió y le llamó. —¡Date prisa, Robert! ¡Sabía que hubiera tenido que haberme casado con un hombre más joven!

Su sonrisa era mágica.

El hombre se esforzó por acelerar el paso, pero sentía las piernas como si fueran de piedra.

—Espera —suplicó—. Por favor...

A medida que subía, su visión se iba haciendo más borrosa. Sus oídos martilleaban. ¡*He de alcanzarla!* Pero cuando volvió a levantar la vista, la mujer había desaparecido. En su lugar había una anciana desdentada. El hombre bajó la mirada, y en sus labios se dibujó una mueca de soledad. Después lanzó un grito de angustia que resonó en el desierto.

Robert Langdon despertó de su pesadilla sobresaltado. El teléfono de la mesita de noche estaba sonando. Aturdido, lo descolgó.

—¿Diga?

—Estoy buscando a Robert Langdon —dijo una voz masculina.

Langdon se incorporó en la cama y trató de pensar con claridad.

—Soy... Robert Langdon.

Consultó el reloj digital. Eran las cinco y die-

ciocho minutos de la mañana.

—Debo verle cuanto antes.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Maximilian Kohler. Soy físico de partículas discontinuas.

—¿Cómo? —Langdon era incapaz de concentrarse—. ¿Está seguro de que soy el Langdon que busca?

Es usted profesor de iconología religiosa en la Universidad de Harvard. Ha escrito tres libros sobre simbología y...

—¿Sabe qué hora es?

—Le ruego me disculpe. Tengo algo que ha de ver. No puedo hablar de ello por teléfono.

Un gemido escapó de los labios de Langdon. No era la primera vez que le ocurría. Uno de los peligros de escribir libros sobre simbología religiosa eran las llamadas de fanáticos religiosos, deseosos de que les confirmara la última señal de Dios. El mes pasado, una bailarina de *striptease* de Oklahoma había prometido a Langdon el mejor sexo de su vida si iba a verificar la autenticidad de una cruz que había aparecido como por arte de magia en las sábanas de su cama. *El sudario de Tulsa*, lo había llamado Langdon.

—¿Cómo ha conseguido mi número?

Langdon intentaba ser educado, pese a la hora.

—En Internet. La página web de su libro.

Langdon frunció el ceño. Sabía perfectamente que la página web no incluía el número telefónico de su casa. Era evidente que el hombre estaba mintiendo.

—He de verle —insistió el desconocido—. Le pagaré bien.

Langdon se estaba enfadando.

—Lo siento, pero le aseguro...

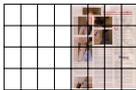
—Si parte ahora mismo, podría estar aquí a las...

—¡No voy a ir a ninguna parte! ¡Son las cinco de la mañana!

Langdon colgó y se derrumbó sobre la cama. Cerró los ojos e intentó dormir de nuevo. Fue inútil. El sueño estaba grabado a fuego en su mente. Se puso la bata desganadamente y descendió las escaleras.

Robert Langdon paseó descalzo por su casa victoriana de Massachusetts y tomó su remedio habitual contra el insomnio, un chocolate caliente. La luna de abril se filtraba por las ventanas y mañana las alfombras orientales. Los co-

Uno de los peligros de escribir libros sobre simbología religiosa eran las llamadas de fanáticos religiosos, deseosos de que les confirmara la última señal de Dios

EL CULTURAL	Tirada: 379.657	Sección: -	
	Difusión: 291.063	Espacio (Cm_2): 651	
Nacional Suplem. Semanal	Audiencia: 1.018.720	Valor (Ptas.): 1.568.634	
Semanal	16/09/2004	Valor (Euros): 9.427,68	
		Página: 9	Imagen: Si



Había una terrible quemadura en el pecho de la víctima. Le habían grabado a fuego una sola palabra que Langdon conocía bien



legas de Langdon a menudo comentaban en broma que la casa parecía más un museo de antropología que un hogar. Las estanterías estaban atestadas de objetos religiosos de todo el mundo: un *ekuaba* de Ghana, un crucifijo de oro de España, un ídolo de las islas del Egeo, incluso un peculiar *boccus* tejido de Borneo, el símbolo de la eterna juventud de un joven guerrero.

Cuando Langdon se sentó sobre la tapa de un baúl maharishi de latón y saboreó el chocolate ca-



liente, se vio reflejado en el cristal de una de las ventanas. La imagen estaba distorsionada y pálida... como un fantasma. *Un fantasma envejecido*, pensó, y se recordó con crueldad que su espíritu juvenil estaba viviendo en un cuerpo mortal.

Aunque no era apuesto en un sentido clásico, a sus cuarenta y cinco años Langdon poseía lo que sus colegas femeninas denominaban un atractivo "erudito": espeso cabello castaño vetado de gris, ojos azules penetrantes, voz profunda y cautivadora, y la sonrisa alegre y espontánea de un deportista universitario. Buceador del equipo universitario, Langdon todavía conservaba el cuerpo de un nadador, un físico envidiable de metro ochenta que mantenía en forma con cincuenta largos al día en la piscina de la universidad.

Los amigos de Langdon siempre le habían considerado un enigma, un hombre atrapado entre siglos. Los fines de semana podía vérselo en el patio de la facultad vestido con tejanos, hablando de gráficos por ordenador o de historia de las religiones con los estudiantes; en otras ocasiones, aparecía con su chaleco de cuadros Harris en tonos vistosos, fotografiado en las páginas de revistas de arte en inauguraciones de museos, donde le habían pedido que dictara una conferencia.

Pese a ser un profesor riguroso y un amante de la disciplina, Langdon era el primero en abrazar lo que él denominaba el "arte perdido de

pasarle bien". Se entregaba a la diversión con un fanatismo contagioso que le había granjeado la aceptación fraternal de sus estudiantes. Su mote en el campus ("El Delfín") era una referencia tanto a su naturaleza afable, como a su legendaria habilidad para zambullirse en una piscina y burlar a todo el equipo contrario en un partido de waterpolo.

Mientras contemplaba la oscuridad con aire ausente, el silencio de su casa se vio perturbado de nuevo, esta vez por el timbre de su fax. Demasiado agotado para enojarse, Langdon forzó una carcajada cansada.

El pueblo de Dios, pensó. Dos mil años esperando a su Mesías, y siguen tan tozudos como una mula.

Llevó el tazón vacío a la cocina y se encaminó pausadamente a su estudio chapado en roble. El fax recién llegado esperaba en la bandeja. Suspiró, recogió el papel y lo miró.

Al instante, una oleada de náuseas le invadió.

La imagen que mostraba la página era la de un cadáver humano. El cuerpo estaba desnudo, y tenía la cabeza vuelta hacia atrás en un ángulo de ciento ochenta grados. Había una terrible quemadura en el pecho de la víctima. Le habían grabado a fuego una sola palabra. Una palabra que Langdon conocía bien. Muy bien. Contempló las letras con incredulidad.

Illuminati

—Illuminati—tartamudeó, con el corazón acelerado. No puede ser...

Lentamente, temeroso de lo que iba a presenciar, Langdon dio la vuelta al fax. Miró la palabra al revés.

Al instante, se quedó sin respiración. Era como si le hubiera alcanzado un rayo. Incapaz de dar crédito a sus ojos, volvió a girar el fax y leyó la palabra en ambos sentidos. *—Illuminati—susurró.*

Langdon, estupefacto, se dejó caer en una silla. Poco a poco, sus ojos se desviaron hacia la luz roja parpadeante del fax. Quien había enviado el fax estaba todavía conectado, a la espera de hablar. Langdon contempló la luz roja parpadeante durante largo rato.

Después, tembloroso, descolgó el auricular.

—¿He captado ahora su atención?—dijo la voz masculina cuando Langdon contestó por fin.

—Sí, ya lo creo. ¿Quiere hacer el favor de explicarse?

—Intenté decírselo antes. —La voz era precisa,

EL CULTURAL	Tirada: 379.657	Sección: -	
	Difusión: 291.063	Espacio (Cm_2): 517	
Nacional Suplem. Semanal	Audiencia: 1.018.720	Ocupación (%): 75%	
Semanal	16/09/2004	Valor (Ptas.): 1.246.472	
		Valor (Euros): 7.491,45	
		Página: 10	Imagen: Si

mecánica-. Soy físico. Dirijo un laboratorio de investigaciones. Se ha cometido un asesinato. Usted ha visto el cadáver.

-¿Cómo me ha localizado?

Langdon apenas podía concentrarse. Su mente huía de la imagen del fax.

-Ya se lo he dicho. Internet. La página web de su libro *El arte de los Illuminati*.

Langdon intentó serenarse. Su libro era prácticamente desconocido en los círculos literarios dominantes, pero tenía un buen número de seguidores internautas. No obstante, la afirmación del desconocido era absurda.

-Esa página carece de información de contacto -explicó Langdon-. Estoy seguro.

-Tengo gente en el laboratorio muy experta en extraer información de la Red.

El escepticismo de Langdon no disminuía.

-Da la impresión de que su laboratorio sabe mucho sobre la Red.

-Por fuerza -replicó el hombre-. Nosotros la inventamos.

Algo en la voz del hombre reveló a Langdon que no estaba bromeando.

-He de verle -insistió el desconocido-. No podemos hablar de este asunto por teléfono. Mi laboratorio está a sólo una hora en avión de Boston.

Langdon analizó el fax que sostenía en la mano a la tenue luz del estudio. La imagen era impresionante, pues tal vez representaba el hallazgo epigráfico del siglo, una década de sus investigaciones confirmada en un solo símbolo.

-Es urgente -apremió la voz.

Los ojos de Langdon estaban clavados en el sello. *Illuminati*, leyó una y otra vez. Su trabajo siempre se había basado en el equivalente simbólico de los fósiles (documentos antiguos y rumores históricos), pero esta imagen era actual. Tiempo presente. Se sintió como un paleontólogo que se encontraba cara a cara con un dinosaurio vivo.

-Me he tomado la libertad de enviarle un avión -dijo la voz-. Llegará a Boston dentro de veinte minutos.

Langdon sintió la garganta seca. *A una hora de vuelo...*

-Le ruego que perdone mi atrevimiento -dijo la voz-. Le necesito aquí.

Langdon contempló otra vez el fax, un antiguo mito confirmado en blanco y negro. Las implicaciones eran aterradoras. Miró por la ventana. La aurora empezaba a insinuarse entre

los abedules del patio trasero, pero la vista parecía algo diferente esta mañana. Cuando una extraña combinación de miedo y júbilo se apoderó de él, Langdon comprendió que no tenía elección. [...]

El aspecto del cadáver era espantoso. El difunto Leonardo Vetra yacía de espaldas, desnudo, y la piel había adquirido un color gris azulado. Los huesos del cuello sobresalían en el punto donde los habían roto, y tenía la cabeza girada por completo hacia atrás. La cara no se veía, aplastada contra el suelo. El hombre estaba tendido sobre un charco congelado de su propia orina, y el vello que rodeaba sus genitales encogidos estaba salpicado de escarcha.

¿Quiénes son los Illuminati? -Desde el inicio de la historia -explicó Langdon-, ha existido una profunda brecha entre ciencia y religión. Científicos sin pelos en la lengua como Copérnico...

Sí, Galileo era un Illuminatus, y también un católico devoto. Intentó suavizar la posición de la Iglesia sobre la ciencia cuando proclamó que la ciencia no socavaba la existencia de Dios

Sobreponiéndose a la náusea que la vista del cadáver le producía, Langdon se obligó a que sus ojos se posaran sobre el pecho de la víctima. Aunque había examinado la herida simétrica una docena de veces en el fax, ésta era infinitamente más impresionante en vivo. La carne, levantada y quemada, estaba perfectamente delineada y el símbolo formado sin mácula. Langdon se preguntó si el intenso escalofrío que recorría su columna vertebral se debía al aire acondicionado o al asombro que le embargó cuando captó el significado de lo que estaba mirando. Su corazón se aceleró cuando caminó alrededor del cadáver y leyó la palabra al revés, lo cual reafirmaba el genio de la simetría. El símbolo se le antojó aún menos concebible ahora

que lo miraba.

-¿Señor Langdon?

Langdon no le oyó. Estaba en otro mundo, su mundo, su elemento, un mundo en el que la historia, el mito y la realidad colisionaban e inundaban sus sentidos. Los engranajes giraban.

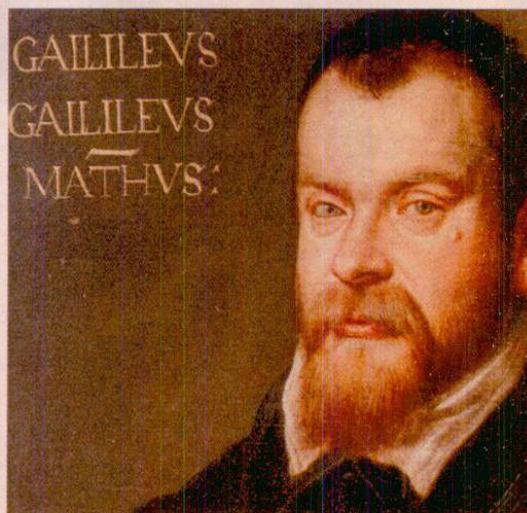
-¿Señor Langdon?

Los ojos de Kohler le sondeaban, expectantes.

Langdon no levantó la vista. Su atención estaba concentrada por completo.

-¿Ha averiguado algo ya?

-Sólo lo que tuve tiempo de leer en su página web -respondió Kohler-. La palabra *Illuminati* significa "los iluminados". Es el nombre de una hermandad antigua.



Langdon asintió.

-¿Había oído el nombre antes?

-No, hasta que lo vi grabado en el cuerpo del señor Vetra.

-¿Lo buscó en Internet?

-Sí.

-Y encontró cientos de referencias, sin duda.

-Miles -dijo Kohler-. Su página web, no obstante, contenía referencias a Harvard, Oxford, un reputado editor y una lista de publicaciones relacionadas. Como científico, he llegado a aprender que la información sólo es tan válida como su origen. Sus credenciales parecían auténticas.

Los ojos de Langdon seguían clavados en el cadáver. Kohler no dijo nada más. Esperó a que Langdon arrojara alguna luz sobre lo sucedido.

EL CULTURAL	Tirada: 379.657	Sección: -	
	Difusión: 291.063	Espacio (Cm_2): 187	
Nacional Suplem. Semanal	Audiencia: 1.018.720	Valor (Ptas.): 450.231	
Semanal	16/09/2004	Valor (Euros): 2.705,94	
		Página: 11	Imagen: Si

Langdon alzó la vista y paseó la mirada por el piso.

—¿Y si hablamos en un lugar más cálido?

—Esta habitación es perfecta. —Kohler parecía indiferente al frío—. Hablaremos aquí.

Langdon frunció el ceño. La historia de los *Illuminati* no era nada sencilla. *Moriré congelado intentando explicarla*. Contempló de nuevo la marca, asombrado.

Aunque las referencias sobre el emblema de los *Illuminati* eran legendarias en la simbología moderna, ningún erudito lo había visto. Antiguos documentos describían el símbolo como un ambigrama, lo cual quería decir que se podía leer en ambos sentidos. Y si bien los ambigramas eran habituales en la simbología

(esvásticas, ying y yang, las estrellas judías, cruces sencillas), la idea de que una palabra pudiera convertirse en un ambigrama parecía imposible. Los expertos en simbología modernos habían intentado durante años imprimir a la palabra "Illuminati" un estilo perfectamente simétrico, pero había fracasado miserablemente. Casi todos los estudiosos habían llegado a la conclusión de que la existencia del símbolo era un mito.

—¿Quiénes son los *Illuminati*?— preguntó Kohler.

—Sí, pensó Langdon, ¿quiénes son, en realidad? Empezó su relato.

—Desde el inicio de la historia —explicó Langdon—, ha existido una profunda brecha entre ciencia y religión. Científicos sin pelos en la lengua como Copérnico...

—Fueron asesinados —interrumpió Kohler—. Asesinados por la Iglesia por revelar verdades científicas. La religión siempre ha perseguido a la ciencia.

—Sí, pero en el siglo XVI, un grupo de hombres luchó en Roma contra la Iglesia. Algunos de los italianos más esclarecidos (físicos, matemáticos, astrónomos) empezaron a reunirse en secreto para compartir sus preocupaciones sobre las enseñanzas equivocadas de la Iglesia. Temían que el monopolio de la "verdad" que ejercía la Iglesia amenazara al esclarecimiento cultural del mundo entero. Fundaron el primer gabinete estratégico científico del mundo, y se autoproclamaron "los iluminados".

(pasa a la pág. siguiente)

